

dó á Villada que se ajustase á las instrucciones del general Régules. En consecuencia, el coronel se limitó á seguir el tiroteo, disparando de cuando en cuando la pieza de artillería, para lo que en el momento oportuno, se abría repentinamente el zaguán.

Poco más ó menos, seguían la misma táctica los jefes de las demás columnas, posesionados de las casas circunvecinas á las fortificaciones, haciendo y recibiendo un fuego incesante. Las puertas del atrio y de todas las casas ocupadas por los combatientes de uno y otro partido estaban de tal modo agujereadas por las balas, que parecían cribas, y las paredes, según la expresión de un chinaco, estaban *como picadas de virgüelas*.

Amaneció el día 19; el cielo estaba de un azul limpio y transparente y el sol brillaba en todo su esplendor; el fuego no se interrumpía, y sitiados y sitiadores permanecían en sus puestos. A eso de las ocho de la mañana, el general Régules, á pie, con el fuste en la mano, volvió á recorrer la línea. A Montenegro le dijo:

—¿Güerito, ya sabe vd. cuál es la señal?

—Sí, mi general, estoy pendiente de ella.

—Pues bien, en el acto dispara vd. su cañón y, al frente de su columna, se va tras de la bala.

—Con ella me meteré.

A Villada:

—Al oír la señal me toma vd. el Parián y el camino cubierto, y asalta la puerta del atrio que cae para la esquina. Fuego graneado sobre lo que se le presente por delante, aunque sea yo mismo.

—Sí, ya comprendo, general, vd. y yo entraremos juntos por ese lado.

A los demás jefes hizo parecidas recomendaciones, encargando á todos que no se moviesen de sus puntos sino á la hora de la señal, aunque antes oyeran ó vieran cualquier cosa por notable que fuese.

A las diez y media atravesó solo, paso á paso, azotándose con el fuste la bota, desde la esquina de la calle de San Francisco hasta el Hospital, en medio de la lluvia de balas que le disparaban desde el Parián y desde el fortín Lemus.

Pocos minutos después, á la cabeza de los batallones de Villanueva y de Macías, pasaba el callejón del Hospital, penetraba en la manzana de Sierra y caía sobre el fortín Lemus. La lucha fué allí reñidísima. Republicanos é imperiales combatieron á bayoneta calada, cuerpo á cuerpo, con encarnizamiento de tigres. Los pocos defensores del punto que quedaron vivos, se replegaron en precipitada fuga al atrio de la iglesia. Sin perder un momento, Régules colocó á los soldados de Villanueva en el tapanco de las casas fronteras al templo, dominando así á los que defendían el atrio.

Lemus organizaba á gran prisa una columna para ir á recobrar la manzana perdida, cuando repicaron alegremente las dos campanas del campanario del Hospital, y tronaba á media plaza el cañón de Martiniano León.

Entonces, las casas del perímetro de las dos plazas vomitaron las columnas de ataque; parte de los soldados hacía un fuego vivísimo; los restantes apoyaban en los muros centenares de escaleras de mano. Montenegro entraba en el atrio tras de la bala de su cañón. Villada atravesaba el camino cubierto, arrollando al enemigo, y se unía con Régules para penetrar en el atrio. Por la espalda de la iglesia saltaban los soldados de Pablo Jiménez; por el costado los de Luis Carrillo. Toda nuestra infantería estaba dentro del recinto amurallado. Las caballerías se desplegaban en ala en las dos plazas. ¡Aquello fué soberbio!

Lemus se replegó al interior del templo, pero con él entraron los chinacos: desde cada altar, desde el púlpito, desde el presbiterio, desde el coro, en medio de la nave, se disparaban simultáneamente: más de mil fusiles fulminaban los fogonazos entre la nube negra del humo, en el fondo de la cual se veía la vislumbre de las bayonetas; se tropezaban los combatientes entre los cadáveres. Por fin los imperialistas abandonaron el templo, huyendo por la sacristía: sólo quedó al pié del altar mayor el cura D. Francisco García Ortiz, rodeado de una soldadesca desenfrenada.

El epílogo del combate se verificaba en el patio de la casa cural: más de cuatrocientos imperialistas se habían agrupado allí y estaban sin salida; las soldaderas gritaban y gemían de



soladas; algunos clarines tocaban parlamento; Lemus y varios de sus oficiales querían que continuase la lucha: los republicanos podían ametrallarlos á mansalva, pero se contentaron con hacerlos prisioneros. Caldelas fué el primero en tomar el suyo, estrechando entre sus brazos á Vicente Acha!

El coronel D. Ignacio Zepeda recibió la orden de levantar el campo: todo el armamento, todo el vestuario y el equipo, todos los caballos de los imperialistas pasaron á poder de los republicanos. Además, veinte cajones de parque ¡vacíos! como estaban también vacías las cartucheras de los republicanos. ¡Unos y otros habían quemado el último cartucho!

La lucha concluyó á las doce del día.

Los prisioneros, cerca de quinientos, fueron conducidos á la plaza principal y presentados á Arteaga. La pasión cegaba á los vencedores, y de los grupos salían gritos de muerte contra los oficiales del imperio; los nuestros pedían que se ejerciesen represalias por las víctimas sacrificadas en las cortes marciales, en Morelia, en Zamora, en Pátzcuaro, en todas partes. No sé quién alzó la voz, afirmando que Lemus había formado el cuadro en el fusilamiento de D. Melchor Ocampo, y no faltó alguien que recordara la cruel persecución que había hecho á los liberales, durante la guerra de Reforma, en Tetecala, Yautepec y Cuautla, sacrificando á muchos de ellos en el patíbulo. Entonces redoblaron las exclamaciones de venganza. Algunos jefes de cuerpos, acaudillados por el coronel Méndez Olivares, pidieron con instancia que se fusilase á Lemus y á los Sres. Isidro Paz y Florencio Gutiérrez; estos últimos por su pronunciamiento de Uruapan y de Parícuaro. En vano Villada suplicó en sentido contrario; el general Arteaga pronunció la orden terrible.

En el acto aquellos tres hombres fueron separados del resto de sus compañeros. Llevados al portal del Norte, Gutiérrez y Paz fueron conducidos al extremo Oriente y se les notificó la *sentencia*: Gutiérrez la oyó con serenidad y murió como los valientes; en tanto que Paz, lleno de desesperación y de terror, imploraba perdón, ofrecía dinero en rescate, y sollozando, clamaba que no lo fusilaran porque estaba en pecado mortal: su cuerpo quedó horriblemente mutilado, y deshechos el semblante y el cráneo.

Entretanto, Lémus fué llevado al extremo opuesto del portal; la muchedumbre lo seguía enfurecida y se oían los gritos de muerte. El coronel imperialista estaba sereno, impassible: ni el más ligero temblor, ni palidez en el semblante, ni vacilación en el paso, traicionaban el inmenso valor de aquel hombre.

—Hínquese vd., le dijo Méndez Olivares.

—Desearía hablar con el general Arteaga.

—Lo de siempre: vd. quiere hacer revelaciones importantes. Con ellas y sin ellas hemos de triunfar nosotros.

En aquel momento el coronel Eguiluz, á caballo, llegaba al grupo. Lemus se dirigió á él.

—¿Me será permitido escribir una carta? le preguntó.

—Sí, señor, aquí tiene vd. papel y lápiz, contestó Eguiluz, sacando de su cartera ambas cosas.

Lemus se acercó, y poniendo el papel en el cuello del caballo de Eguiluz, escribió con pulso firme una carta para su esposa, la dobló y la entregó á aquel jefe. Luego apuró un vaso de agua que alguien le ofrecía y exclamó:

—Ya está.

—Por detrás, como traidor, dijo Méndez Olivares.

—Lo mismo da, contestó Lemus; y girando media vuelta, murmuró: “¡Perdóname, Dios mío.....!”

En la fisonomía del cadáver de Lemus no quedó una contracción. Estaba tan sólo intensamente pálido.

En medio de la plaza sucedía algo que había atraído un grupo numeroso de militares y de paisanos. Una escolta de soldados había conducido á la presencia de Arteaga al cura D. Francisco García Ortiz, acusándolo falsamente de que á la hora del ataque en el templo se le había visto exhortando á los imperiales para que no se rindiesen. Arteaga estaba en momentos supremos de sufrir el ataque de epilepsia, y en tales circunstancias, su carácter se agriaba hasta la irascibilidad.

—¡Que lo fusilen! gritó, rojo de cólera.



—No, señor, vd. no conoce al señor, dijo una voz cuyo eco sagrado resuena aún en mi corazón, la voz de D. Toribio Ruiz. El señor cura es el único sacerdote evangélico que conozco, es un hombre enteramente ajeno á la política.

—Es verdad, es verdad, gritaron muchas voces en el grupo.

—Es verdad, y yo respondo de él, repitió Villada. Le pido á vd. que lo dé libre.

—Que lo registren, dijo un soldado de horrible aspecto; debe traer alguna arma en el pecho, porque yo ví cuando la ocultaba.

El cura se desabotonó la sotana y mostró la piedra del ara sagrada que había recogido del altar mayor.

—Vaya! ese hombre estaba en su puesto, como nosotros en el nuestro, exclamó Arteaga. Queda libre!

Un aplauso general acogió aquellas palabras, y el *padre Pachito*, como lo llamaba el pueblo de Uruapan, con los ojos llenos de lágrimas, temblando como un azogado, y sin embargo con la sonrisa en los labios, fué á instalarse en la casa de D. Toribio Ruiz, porque el templo y el curato estaban llenos de cadáveres.

Como que de una y de otra parte murieron en el ataque y toma de Uruapan más de trescientos hombres.

La noticia de que los republicanos estaban el 18 sobre Uruapan, llegó á Taretan y á Pátzcuaro en el mismo día. Al siguiente salió de la última de las expresadas poblaciones la columna del general D. Luis Tapia en auxilio de la plaza amagada: en la cuesta de Tingambato encontró al teniente coronel Pineda, quien con su fuerza había evacuado á Taretan. Ambos jefes siguieron sobre Uruapan, pero á las tres leguas de camino comenzaron á tener noticia de que la ciudad había sido tomada. Retrocedieron pernoctando en el pueblecito de San Angel Surumucapio, en donde aquella tropa imperialista sufrió en la noche una deserción de más de doscientos hombres; tales fueron la alarma y el pánico que introdujo en los soldados la fatal nueva. El 20 entraron en

Pátzcuaro, llevando la consternación á los habitantes de la ciudad imperialista.

Miéntas Arteaga y Riva Palacio se ocuparon en Uruapan con toda actividad en la construcción de parque, mandando recoger el poco plomo que se pudo encontrar en las tiendas; se consagraron también á reorganizar los Departamentos de Uruapan y Apatzingán, segregados hacía meses de la acción administrativa del Gobierno republicano. Al coronel D. Jesús Díaz se encargó el mando de aquella línea, y este jefe levantó desde luego entre sus paisanos de Paracho una fuerza de trescientos hombres de infantería y caballería.

El triunfo de Uruapan y los fusilamientos de Paz y de Gutiérrez; infundieron tal desaliento y tanto espanto en los vecinos que se habían comprometido con el imperio, principalmente en el resto de los *doce apóstoles*, que desde luego movieron influencias, solicitando el perdón, que les acordó el Cuartel General por decreto de 21 de aquel mes de Junio. Todo volvió por de pronto á la vida tranquila en aquella ciudad, en donde la causa nacional tenía tantos partidarios como simpatías sus defensores.

El 21 en la tarde circuló el rumor de que el ejército republicano iba á marchar inmediatamente. Los exploradores que habían quedado por el rumbo de Zacapu, llegaron á matacaballo avisando que la columna de franceses que se hallaba en Puruándiro se movía á marchas forzadas sobre Uruapan. La carencia de parque, la fatiga de la tropa y la necesidad de cuidar de los prisioneros, determinaron á nuestros jefes á levantar el campo en aquella misma noche y á emprender la marcha hacia Taretan. La ciudad quedó en un silencio y un aislamiento profundos, porque el mismo coronel Díaz, jefe del Departamento se dirigió á la Sierra en observación del enemigo.

Quisiera que mi pluma no tuviese motivo para escribir las siguientes líneas. Después de treinta años, aún se desliza de mis ojos una lágrima brotada con la intensidad del recuerdo.

El día 23 la ciudad de Uruapan presentaba aspecto de de-



solación, de ruinas y de luto, que en los tres días anteriores habían hecho poco sensibles la animación que producía en las calles la presencia de las tropas, la alegría por el triunfo que se acaba de adquirir y la actividad en el comercio.

Poco antes de las once de la mañana interrumpió el silencio que reinaba en la población el ruido de caballos que bajaban por la calle de Santiago. Era que el general Pueblita ocurría á Uruapan de orden de Arteaga á recibir instrucciones del Cuartel General. Lo acompañaba una escolta de quince hombres, pues había dejado su fuerza en Parangaricutiro.

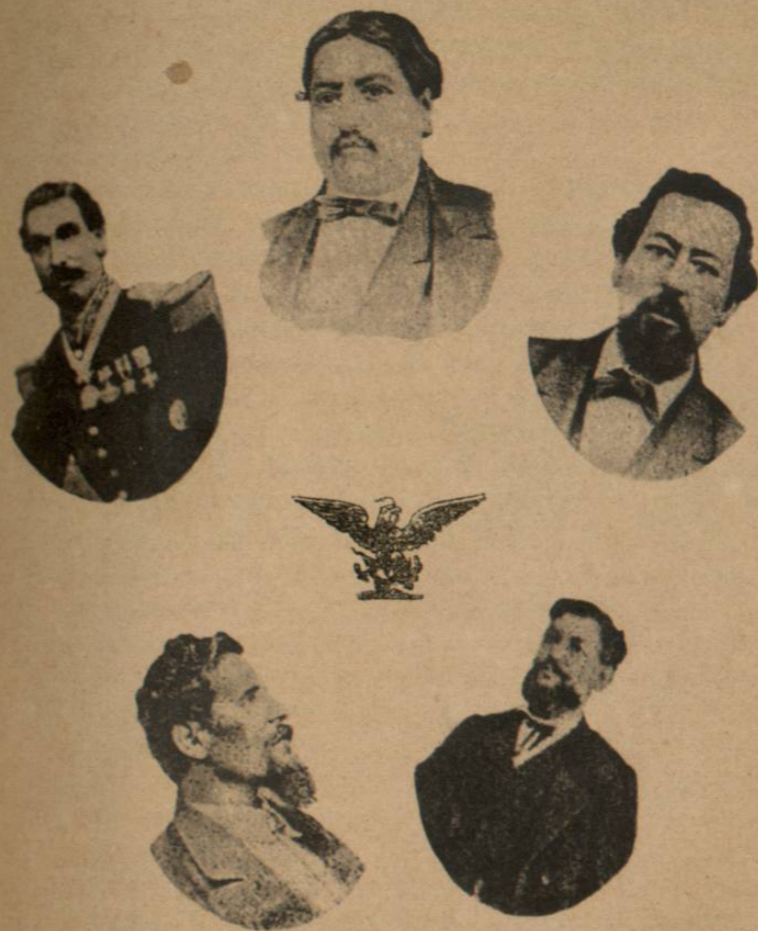
Pueblita fué á alojarse á la casa de D. Hermenegildo Solís, en el portal que hoy se llama "Gordiano Guzmán." Algunos vecinos, entre ellos los Sres. Lic. Eugenio Acha, Dr. Teodoro Herrera, Trinidad Bravo y Toribio Ruiz, ocurrieron á saludarlo y le avisaron que el general Arteaga había salido inopinadamente en la noche anterior, á causa de la noticia, enteramente cierta, de que una columna de franceses se dirigía á marchas forzadas sobre Uruapan. Pueblita mandó que se le preparase el almuerzo y que los soldados de la escolta echasen pie á tierra. Los vecinos le instaban á que no se detuviese y que ni siquiera tomara de regreso el mismo derrotero que había traído, por ser el que debería traer el enemigo; se lo mandaron decir varias personas que no se atrevieron á irlo á saludar, temerosos de la llegada de los franceses; hasta una señora, ferviente partidaria del imperio, Doña Ramona Izazaga, le envió igual aviso: Pueblita nada quiso creer y tranquilamente esperaba que se le sirviese la mesa. En aquellos instantes D. Toribio Ruíz habló en tarasco con un indio de Nahuatzen que venía entrando de camino, y luego, sin pérdida de tiempo, dijo á Pueblita que aquel hombre había dejado á los franceses preparando su salida de Nahuatzen.

—¿A qué hora salió éste? preguntó Pueblita.

—A las cinco de la mañana.

—¿Qué clase de fuerza viene?

—Zuavos, cazadores de África y una partida de *jinetes mexicanos*, más de mil hombres.



ARTEAGA.

RÉGULES.

SALAZAR

PUEBLITA. TAPIA.



—Sí, es Clinchant, que me busca desde el ataque del Valle de Santiago. Por muy aprisa que caminen llegarán dentro de dos horas. Hay tiempo de almorzar.

No había ya ese tiempo; eran cerca de las doce, y los vecinos mencionados, no pudiendo vencer la obstinación de Pueblita, se retiraron á sus casas.

Pocos minutos después se oyó el tropel de caballos y el rumor sordo del paso veloz de una infantería.

Los franceses estaban frente á la casa de Solís. En su primera descarga dejaron muerto al capitán Salas y á dos ó tres soldados de la escolta del general, y rápidos como el pensamiento rodearon la manzana en que estaba Pueblita. Éste, que no había tenido tiempo de montar á caballo y de salvarse, como se salvaron el coronel García y otros que anduvieron más listos, brincó primero algunas bardas, recorriendo así varias casas; después se subió por una escalera al interior del tejado de otra que está situada en la calle Poniente de la manzana, y allí se ocultó.

Entre tanto las patrullas de franceses cateaban las habitaciones, buscando al general.

Todo se verificaba en unos cuantos minutos que parecían siglos. La valla de zuavos permanecía cercando la manzana.

Por frente á la casa donde estaba Pueblita, pasó una mujer llamada Gabriela, soldadera de las de Lemus. Un zuavo le dirigió la palabra:

—Tú sabes de Pueblita. ¿Dónde está Pueblita?

—Vaya! pues ¿no lo ve? y aquél que está sacando la cabeza por entre las tejas, ¿quién es?

Decir esto, tender el zuavo su fusil, disparar y quedar exánime Pueblita, fué todo uno.

En el acto se oyó una gritería salvaje entre los franceses. Prorrumpían en *hurras* como si hubiesen alcanzado una gran victoria, y no, como era la verdad, por haber cometido un asesinato.

Muchos soldados se habían subido al tapanco, y apartando las tejas, dejaron caer á la calle el cadáver de Pueblita, ya medio desnudo merced á la rapiña de los *vencedores*. Luego dos zuavos lo cogieron de los pies y arrastrándolo y rebotando la



cabeza en las piedras, lo fueron á tirar convertido ya en una masa sanguinolenta, en el portal mencionado.<sup>1</sup> No creían en su dicha los jefes de la columna: á cuantos pasaban les hacían la pregunta de si aquel cadáver era el de Pueblita, y á cada respuesta afirmativa repetían sus *hurras* de entusiasmo.

Ahora, para que se vea como escriben la historia propia los franceses, voy á copiar la sucinta narración que de los hechos de este capítulo escribe Mr. Paul Gaulot en su libro *L'Empire de Maximilien*, y advertiré que este autor pasa por ser uno de los más imparciales:

“Arteaga y Pueblita, dice, habían atacado y tomado el 19 de Junio la ciudad de Uruapan, y allí, entregándose á su crueldad habitual, habían hecho fusilar, sobre la marcha, al subprefecto Isidoro Paz y al comandante de la plaza, coronel Lemus.

“A la noticia de esto, el coronel Clinchant se puso en marcha: en tres días llega á Uruapan, *recobra la ciudad, persigue á Pueblita, lo alcanza, lo derrota y lo mata.*”

Para que el parte fuera verídico, debería concluir así: “A la noticia de esto, el coronel Clinchant se puso en marcha: en tres días llega á Uruapan; ya no estaba en ella Arteaga; la encuentra abandonada, pero sorprende á Pueblita solo, lo caza, lo asesina y profana su cadáver.”

Aquel humilde y valeroso patriota, á quien el partido clerical infamaba llamándolo bandido, era por el contrario un hombre modesto, generoso, desinteresado, que vivió y murió pobre. Lo calumniaban por su constancia y fidelidad á los principios, por su habilidad y valor como guerrillero, por la inmensa popularidad de que gozaba entre las masas. Era nativo de Pátzcuaro; obscuro artesano en 1847, se inscribió en el batallón Matamoros, Guardia Nacional del Estado, é hizo la campaña contra los americanos volviendo en seguida á la vida privada. Al resonar en Michoacán el grito de la

<sup>1</sup> El padre del que escribe estas líneas, oculto en una casa de la manzana contigua, presencié todo lo que se acaba de referir.

revolución de Ayutla, en el mismo día en que D. Epitacio Huerta lo proclamaba en Coeneo, Pueblita lo secundó en Quiroga y fué en toda aquella guerra el más constante paladín del pueblo. Desde entonces no soltó las armas. En las campañas contra los reaccionarios de Puebla (1856), en toda la guerra de Reforma, en la lucha contra Márquez y Zuloaga (1860-1862) y en la intervención francesa, siempre se vió al ínclito Pueblita batallando sin cesar, buscando el combate; incansable, sufrido, subordinado y humilde entre los suyos; intransigente y aguerrido con el enemigo; siempre el tipo más puro de la abnegación y el patriotismo.

Cuando Clinchant, al día siguiente, regresó á Puruándiro, dejó tirado en la calle el cadáver de Pueblita, que el *padre Pachito* mandó enterrar en el interior de la iglesia.